

tener los expertos en la materia—un buen servicio a la administración de justicia criminal para procurar—hasta donde sea dable—formar un principio de jurisprudencia medicolegal, firme y estable, sobre todo en materia de INCAPACIDADES Y HERIDAS MORTALES.

Con esto no hacemos sino secundar lo que el muy distinguido Jefe de la Medicina Legal en Colombia, Dr. José M. Lombana Barreneche insinuó en una de sus juiciosas circulares dirigidas a los Medicolegistas departamentales, y que transcribimos en lo pertinente:

“Es innecesario llamar la atención de los que formen parte del gremio de Medicolegistas, sobre la importancia que hay en darle la mayor respetabilidad y en hacerlo lo más útil, reuniendo y remitiendo a la Oficina Central el mayor número de datos estadísticos, con anotaciones que los aclaren y amplíen; lo mismo que copia de las sentencias en los casos de interpretación dudosa, para formar un cuerpo de doctrina, y en fin, todas las indicaciones que tiendan al desarrollo y perfeccionamiento de la Medicina Legal Nacional”.

Abejorral, 1922.

Carlos A. Holguín

(Continuará)

TEMAS DE CONVERSACION

Mariano Ospina V.

Dada la actual intensidad de estos párrafos, hemos resuelto reproducirlos, porque ellos recordarán en parte a nuestros educadores el derrotero que han de seguir en sus innovaciones educativas, hoy que felizmente se desea implantar métodos pedagógicos más eficientes.

“Dos cosas hay que ver en la obra: la manera de realizarla, y lo que ella ha de ser en sí. Naturalmente, empezaré por lo último. Todavía, lo que la Universidad ha de ser, es decir, lo que ha de realizar, admite otra gran división: lo que en ella se inculque y lo que se enseñe. Porque es sabido que, fuera de las verdades que se llaman **adquiridas**, las que llegan a conocerse por el raciocinio y el experimento, es decir, las científicas, hay otro orden de ideas, las **sugeri-**

das, muchas veces no demostrables en pura lógica, que comprenden las creencias, los sentimientos, los móviles de los hombres, y son las que en puridad constituyen el alma de cada individuo, y asimismo la de esas individualidades colectivas—perdónese la aparente antinomia—que se llaman sociedades y pueblos.

Evidente es que, proponiéndose la dichosa Universidad como un tratamiento, o principio de tal, para la terrible enfermedad que Colombia padece—la barbarie maligna;—y debiendo, por tanto, tratar de modificar el alma de la nación, este último orden de ideas asume importancia principal.

Creo que—fuera de los principios universales de cristianismo y humanidad, que han de constituir la ancha base sobre que se funde la educación—hay dos nociones que precisa inculcar ahincadamente, como que son esenciales para la existencia y engrandecimiento de la raza, y de ellas carecemos en absoluto—o casi:—la de nacionalidad y la de individualidad.

La idea de nacionalidad—el patriotismo—que es sin duda uno de los sentimientos menos lógicos, como que nos hace muchas veces deliberadamente anteponer lo malo a lo bueno y amar preferentemente lo que es menos amable; es también uno de los más universalmente difundidos y que más fuerte empuñe tienen sobre el corazón humano, ya que por él—mera abstracción—llega a sacrificarse cuanto hay de más real y querido, desde las comodidades y la vida, hasta la honra y el amor. Y es él condición precisa para la existencia de los pueblos. Viene a ser el instinto de conservación de esos seres de conjunto que son las naciones; y nace desde que su alma colectiva se forma.

En este siglo XX, que se anuncia como el de las conquistas y agresiones en escala ha mucho no vista, sólo pueden esperar subsistir, de los pueblos débiles, aquellos en que el sentimiento de nacionalidad se halle altamente desarrollado. Sólo esos, aun después de conquistados, pueden llegar a resurgir a la vida de nación, algún día. Y ese sentimiento no existe casi en absoluto en el alma de Colombia—hablo del alma grande del pueblo;—lo que para mí es síntoma casi cierto de que esa alma aún no se ha formado. El angustioso malestar y la intranquilidad que infunden entre nosotros todas las manifestaciones de la vida, hijos del desequilibrio social en que han hecho vivir al país largas series de gobiernos sectarios y **tuertos**, y que más o menos oscuramente sentimos todos, ha ido creando un excepticismo raquíutico, plaga de todo noble sentimiento. La salvaje intransigencia de los partidos, que, careciendo de razones para justificar su torpe exclusivismo, e incapaces de crearse en el alma del pueblo raíces hondas de gratitud, por medio de resultados benéficos y positivos, han apelado a encender, por la vio-

lencia y la mentira, rencores inauditos y suicidas, ha suplantado la afirmación generosa y fecunda de un amor común, por el odio y la intolerancia mutuos, negaciones mezquinas y estériles. Finalmente, el hecho mismo, quizá, de hallarse el país rodeado de otros que puebla la misma raza, donde se habla el mismo idioma, con costumbres semejantes y tradiciones e historia casi comunes, hace que no podamos sentirnos depositarios únicos de un sentimiento, de una idea, de una tradición, de una herencia, en suma —como pueden sentirse, por ejemplo, Inglaterra, Francia, Alemania— y quita al sentimiento de nacionalidad uno de sus fundamentos ideológicos, y no el menos fuerte. Ello es que éstos, y otros motivos más, sin duda, han hecho o que no nazca, o que no se desarrolle y esté casi muerto, en Colombia, el sentimiento común de nación, de pueblo. Y si se quiere salvarla de la conquista o de la disolución,—digo si aún fuere tiempo— precisa crear y cultivar ese sentimiento, intensificándolo hasta donde sea dable. Un amplio y generoso sentimiento de abnegación, ante un amor y un ideal comunes, de los intereses, de los odios, de las opiniones, de las intolerancias de cada uno.

Esa noción amplia de patria es una de las que han de constituir el ambiente moral que se respire en esa soñada Universidad, donde han de formarse los educadores de Colombia, los forjadores del alma nacional.

La otra noción, que con la de nacionalidad mencioné atrás, y que ha de infundir también ese ambiente, es la de individualidad; es decir, el desarrollo del sentimiento de suficiencia personal; fundamento preciso de toda valerosa iniciativa; condición indispensable de todo feliz término. También de eso carecemos en Colombia. La conquista y la esclavitud aplastaron, y en cierto modo extirparon, la iniciativa, la energía, casi la voluntad y casi hasta el alma de dos de los elementos de nuestra población: el indígena y el negro. Siglos del paternalismo despótico del Gobierno español, que sobre todo se hacía sentir en las colonias; y puede que en parte también la influencia de la obra maestra de nuestra literatura—el Quijote—con la deseneantada filosofía de la vida, que de ella mana tan deleitosamente, para los lectores ordinarios, tornaron el alma del otro elemento étnico—el español—escéptica acerca del propio valer y aliento, desdeñosa del esfuerzo individual y cobarde ante lo nuevo. El total olvido en que se dejó la educación física, muscular; abandonando a la pobre raza enlenuque y débil, en medio del clima tropical, que lo ablanda todo, las energías morales como las materiales, ante una naturaleza avasalladora y combatiente, acabó de anonadar la fuerza inicial de los individuos.

No soy partidario del antiguo sistema de educación, llamado clásico, que hacía su fundamento del estudio del latín y el griego, y de los grandes escritores en estas lenguas; y no porque lo considere, como muchos, mero desperdicio de tiempo, sino porque creo que hay algo mejor. Pero sí estoy cierto de que ese sistema llenaba más cumplidamente el objeto de la educación que el que hoy tenemos en Colombia. Realmente, las versiones y comentarios que habían de hacer los estudiantes de esos autores clásicos—que en los pasajes oscuros o dudosos abrían ancho campo a la inducción original—; los temas que habían de escribir, y las réplicas que sostenían, los obligaban a investigar y comparar, es decir, a pensar y a juzgar y eran más útiles para el desarrollo de la inteligencia que cuantos libros aprenden de memoria—“sin un punto”—nuestros pobres estudiantes de ahora. Bien podía ser que no se aprendiese latín; o que aprendido, se olvidara; o que aprendido y recordado, fuese inútil en la vida. Lo que no podía ser inútil era esa disciplina mental: el hábito de inquirir y pensar; de usar la inteligencia y el juicio. Eso es lo que no entienden la mayor parte de los que quieren ver resucitado el latín en nuestros estudios; que se imaginan que todo el secreto está en enseñar latín, y lo enseñan por el método de Ollendorff (!), un latín ya cocido y trinchado, como el francés que estudia un comerciante que piensa hacer a París un viajecito de dos meses. Ese sí es inútil, y más que inútil, perjudicial; pues fuera de que de nada ha de servirle al estudiante, puede llegar a hacerle pensar que sabe algo, noción falsa, y como tal, de perniciosos resultados.

Aquella disciplina mental se ha reemplazado hoy ventajosamente en otros países—y en nuestra Universidad de Ningunaparte debería hacerse lo mismo—con los trabajos e investigaciones de laboratorio y sobre el terreno, en las materias que a ello se prestan, y, en todas, con los temas originales, hechos por los discípulos sobre los asuntos que han ido estudiando.

La mayor parte de las materias que se enseñan en los colegios se puede reducir a unos cuantos principios generales, cuyas consecuencias y aplicaciones constituyen la ciencia. La tarea del profesor debería ser inculcar esos principios, haciéndolos penetrar completos en la inteligencia de los alumnos, con la percepción clara de su alcance y de su importancia relativa. Y esto debería hacerse sin texto, en conferencias originales; para que se aprovechara el prodigioso efecto que tiene sobre la inteligencia la palabra hablada: nada hay tan fecundo en ideas, como el oír expresar claramente ideas claramente concebidas.

Y luego, los estudiantes escribirían, sobre sujetos cuidadosamente escogidos y graduados, estudios originales. Para

lo cual tendrían a su disposición la biblioteca y el museo—los famosos de la Universidad!—; el profesor, para las aclaraciones y sugerencias que fueran precisas, y los laboratorios del Colegio, y el territorio de Antioquia, si fuere el caso. Y al clasificar el relativo mérito de tales trabajos, habríanse de preferir los que revelaran mayor profundidad y exactitud de observación; mayor lógica de deducción, y, sobre todo, más marcada originalidad de pensamiento, en el método o en el raciocinio.

Así habrán de trabajar los profesores más que hoy; pero, sobre todo, trabajarían más los estudiantes. Tanto mejor. De ese modo tendrán ellos mucha parte en su propia educación; en cierta manera, se habrán formado a sí mismos, serán lo que hoy se llama **self-made**. Y para quienquiera que haya observado la importancia que en todo tiempo—pero, como nunca, en estos democráticos que corren—han tenido en la vida de la humanidad esos hombres self-made, que se hicieron a sí propios, y reflexione sobre el enorme impulso inicial y probabilidad de final éxito que tal condición implica en la lucha de la vida, llegará sin duda a creer, como yo ya casi lo creo, que sólo los individuos que, en alguna forma, llenaron tal condición, pueden tener esperanza fundada de vencer. Por eso, cuanto más se obligue a los jóvenes a tomar parte—la mayor posible—en su propia formación, tanto mejor se les equipa para la vida.

Cuando pienso en lo que podría realizar una raza de hombres así formados, fuertes de músculos y de nervios, fuertes de sentimientos delicados y nobles, fuertes de intelecto, en una tierra como ésta, tan generosamente dotada y tan sin explorar—tierra virgen—; de condiciones geográficas, geológicas, topográficas, climatéricas tan peculiares y variadas; cuyos productos y riquezas, cuyos fenómenos, cuyas bellezas jamás han sido estudiados; en donde todas las razas se topan y se mezclan, en condiciones sociales que van desde el primitivo salvaje hasta el refinado **dilettante**, produciendo fenómenos sociológicos y de psicología imposibles en otra parte, me pismo al considerar las benéficas consecuencias que para el bienestar y progreso de la humanidad podrían resultar, y, sobre todo, qué obra tan original en el estudio de la naturaleza, que es toda la ciencia; en el análisis del propio ser y de la propia existencia, que es toda la filosofía; en la traducción, verbal o musical gráfica, de las emociones que la naturaleza y la vida despiertan en nuestro espíritu, que es todo el arte.....

Ah! Si Dios quisiera.....

.....

Que se enseñe, pues, a sentir a esos colombianos del futuro. Que sean cultivados todos sus sentidos, inclusive y sobre todo el moral y el estético. Con la saliva milagrosa de

la contemplación, se abran sus oídos y sus ojos; para que no sigan siendo lo que hoy somos, que tenemos ojos y no vemos, oídos y no oímos. Que con la doctrina y el ejemplo, pero ante todo con el ejercicio de las propias facultades se les enseñe a comprender y amar lo bello, esa sublime armonía, que en la naturaleza es la naturaleza misma, que en las obras humanas se llama arte, y en humanas acciones virtud.

Cultivando al lado de las facultades **activas**—acción y pensamiento—esas otras que yo llamo **contemplativas**—que otros dicen **perceptivas**—se iría refinando, utilizando, dulcificando esta nuestra vida, tan primitiva, tan vacía, tan triste. Se le daría un objeto que sí lo fuera en realidad; ya que los que por tales tenemos hoy, y llenan nuestra existencia—la consecución de fortuna, la conquista de lo que llaman una **posición social** o política, la misma instrucción—no son, más que **medios**, que facilitan el cumplimiento del objeto de la vida, pero no el objeto mismo. El objeto de la vida es la propia vida: es vivir buena, bella y útilmente.

.....

(De Lectura y Arte).

SENDEROS PENALES

A las circunstancias de degeneración en que nacen muchísimos niños en las bajas capas sociales, se unen la miseria, el desamparo y la degradación fisiológica.

No debe descuidarse la salvación moral de la raza.

Los problemas de degeneración por falta de educación, por vicios adquiridos y por la miseria económica respecto de la niñez y de la juventud que pululan en los centros principales de la Nación, empiezan a llamar seriamente la atención de los pensadores, porque esa niñez y esa juventud forman el futuro de nuestro pueblo y se imponen medidas preventivas contra los escándalos de las casas de corrupción, contra las novelas depravadas y escenas de cruda pornografía.

Algunos criminalistas sostienen que la pena debe suprimirse para los niños, porque no deben castigarse sino educarse. "Penar niños es formar criminales y con eso, incurrir en verdadero crimen, más espantoso que el que se desea castigar, y además es ridículo, porque no se concibe toda una sociedad contra una personita de diez años y un día, que no goza de discernimiento para conocer el alcance de sus acciones". (1)

(1) Luis Castro Saborío. **Estudios Penales**.